

guiría un sentido inédito y correlativo : ¿y acaso hay el menor vestigio que acuse un don tan precioso ? Una destinacion progresiva en el espacio, hubiera igualmente supuesto una destinacion prolongada del tiempo : ¿y donde está ese acrecentamiento de vida devoluto á nuestra estirpe ? « El hombre vive pocos dias en la tierra, decia hace millares de años Job, y durante esta época pasagera pasta de dolores sin fin. » ¿ Acaso es otro nuestro language en el dia ?

IX

A esto puede objetarse : la perfectibilidad indefinida dará al hombre una duracion mayor de existencia. Admitiendo que no anduviesen errados los que tal aserto pudiesen emitir, la criatura humana, al momento de volver al seno de la tierra por la muerte, podria quejarse de la brevedad de su vida, pues todo lo que acaba es corto para un pensamiento que anida y sueña la inmortalidad.

Pero los filósofos que afirman el progreso durante la existencia terrestre, olvidan igualmente que todo se halla coordinado en el plan divino, el cual asigna al hombre un plazo de vida exactamente proporcional á la de los demas hombres que vivieron ó que deben vivir antes, al mismo tiempo ó despues en esta tierra ; que el espacio de este globo reducido no aumenta al antojo de las orgullosas aspiraciones de algunos filósofos, ni segun los fantásticos abor-

tos de ciertos utopistas, ni se adapta á las visiones calenturientas de esos modernos filósofos cuya imaginacion sueña la perfectibilidad indefinida ; que la fecundidad de la corteza de este globo que roemos es limitada en la produccion de los alimentos necesarios á nuestra existencia ; que si una generacion prolongase indefinidamente su vida y multiplicase en proporcion su prole en la tierra, no tardaria en ser demasiado reducido este planeta para la muchedumbre que resultaria de una residencia tan excesiva ; al paso que esta misma generacion usurparia en el tiempo y espacio, la parte competente á las razas futuras, monopolizando la existencia, y condenando á la nada á los numerosos seres predeterminados á vivir.

Asi ya lo veis : el pensamiento humano se precipita en un abismo de consecuencias absurdas siempre que sale de la esfera de realidad é intenta substituir al plan incomprendible, si bien visible de Dios, los devaneos de la imaginacion y los partos estériles de la vanidad mortal.

X

Pero si todos los fenómenos constantes de la naturaleza contradicen evidentemente la teoria de la perfectibilidad indefinida de la humanidad en la tierra, no desmiente menos la historia en todas sus páginas esta alucinacion de nuestro orgullo.

En efecto ¿qué vivo testimonio alegan los anales humanos de esa perfeccion y acrecentamiento indefinido de luz, virtud y civilizacion en las razas que fenecieron? ¿Donde está la perfeccion visible de esos linages que pulularon en tribus, ahijaron en naciones y estendieron en este globo una dominacion que vemos ensalzada en los fastos históricos? ¿Donde está la prosapia que no siguió el curso regular de su nacimiento, incremento y muerte, condiciones inevitables de esos grupos humanos, como lo son igualmente del hombre individual á quien naturaleza impuso la ley de pasar por los cuatro períodos de la vida : nacer, crecer, envejecer y morir? ¿Acaso no es este globo una necrópolis de civilizaciones, un osuario de imperics sepultados y amortajados? La historia que inscribe el nacimiento y la muerte de las naciones sucesivas, nos las muestra despuntando en la vida, medrando pujantes y desplomándose ruidosas con los dioses, los cultos, las leyes, las costumbres, las lenguas, los imperios que efímeros aquí ó acullá formaron durante su rápido tránsito por este mundo, sin que ni una sola consiga escapar á esta vicisitud orgánica de la humanidad, pues el tiempo es ciego é implacable, y su curso nos indica el flujo y reflujo incesantes de todo lo que perece.

XI

No obstante estas mismas razas, al pasar por

nuestra tierra, nos dejaron, sea en sus libros, sea en sus monumentos, algunos vestigios que acusan y dan testimonio de su perfecta igualdad con nosotros bajo el doble aspecto de ciencia y pujanza. Y es tan cierta esta asercion, que, cuando queremos ponderar una cosa eminente por la sabiduría, virtud, fuerza ó belleza, no podemos menos de compararla á los recuerdos antiguos, ó á las marmóreas estatuas de la Grecia, ó al heroísmo tradicional de Atenas y Roma. ¿Y en qué base se funda nuestro orgullo para abrigar y fomentar ilusiones acerca de una suerte superior á esas excelsas existencias eclipsadas por el tiempo? ¿Qué pruebas podrian escusar nuestro engaño? ¿Qué base podria tener nuestra temeridad? Escepto algunos ramos industriales meramente mecánicos, que cambian la forma de una civilizacion sin tocar á su fondo, ¿dónde estan esas pruebas patentes de la perfeccion indefinida de la especie humana?

¿Acaso en las ideas? Pero seguramente no pensamos con mas profundidad que Job, ni aspiramos con mayor sublimidad que Platon, ni cantamos mas divinamente que Homero, ni hablamos con mas elocuencia que Ciceron, ni moralizamos mas admirablemente que Confucio, ni resumimos nuestra sabiduría en proverbios mas sustanciales que Salomon.

¿Acaso en las pasiones? pero las nuestras son las mismas que las de nuestros padres provistos de los mismos órganos, porque la misma lucha en-

conada que eterniza en nuestro sér el continuo choque de la razon y las pasiones, existia en nuestros antepasados, cuyo equilibrio moral destruian á cada momento el instinto del cuerpo y establecia incesantemente la energía del alma.

¿Acaso en estos monumentos escritos que llevan el nombre de libros? Si hay que juzgar por los sublimes fragmentos de la China, India, Grecia y Roma, en nada cede cuanto nos ha legado la antigüedad mas remota á ese tenebroso período de la Edad Media, ni á las páginas de los tres recientes siglos, crepúsculo de un renacimiento de la especie humana. Apenas hemos visto atravesar nuestra atmósfera algunas chispas emitidas por las cenizas de las bibliotecas de Persépolis y Alejandría; pero estas chispas acusan un foco tan luminoso como el que actualmente irradia de nuestra jóven Europa.

¿Acaso en el arte? Que nos respondan el Egipto, la Siria, el Partenon, Fidias, los bronceos, las estatuas, las medallas, los vasos etruscos, sobretodo el continuo é infatigable afán que obliga á nuestras artes modernas á remontar á esos tipos de belleza, tanto en arquitectura como en escultura; y, como los artes tienden á nivelarse en una misma época, todo nos autoriza á conjeturar que las obras ideales de las edades pasadas igualaban en perfeccion á esos productos plásticos cuya naturaleza pudo mas impunemente arrostrar la saña de los siglos.

¿Acaso en las instituciones? Pero en el dia como

en la antigüedad flotamos entre cinco ó seis formas políticas enumeradas por Aristóteles, formas que se combaten ó se reemplazan con igual impotencia de duracion y estabilidad; y el infatigable anhelo de los pueblos europeos en buscar formas de gobierno mas compatibles con el arraigo y fomento social, atestigua el trabajo é inquietud del espíritu que se agita en un esfuerzo perpétuo.

¿Acaso en el respeto por la vida humana? Pero jamas la ambicion, la gloria ó la conquista cubrieron de mas cadáveres los campos de batalla que en estos últimos sesenta años. El nombre de Napoleon, apellidado el grande, ha costado la vida á millones de hombres en menos de cuatro lustros, sin que tantas olas de humana sangre consiguiesen remover un límite, ni apagar una idea, ciéndose el pretendido progreso á segar las generaciones en flor, en vez de guadañarlas en su madurez.

¿Acaso en felicidad pública? Oigamos ese eterno gemido que se exhala del seno de las masas. La misma suma de penas y placeres á todos los pueblos incumbe; solamente esta medida comun parece repartida de un modo mas equitativo desde la abolicion de la esclavitud y la feudalidad. ¿Pero donde se halla extirpada la esclavitud? Tan solo en la pequenísima parte del mundo llamada Europa, y aun el régimen proletario la reemplaza. La barbarie, el despotismo y la servidumbre ocupan aun la inmensa mayoría de las zonas geográficas del globo.

¿Acaso en la felicidad individual? Pero bajo

este punto de vista, la palabra progreso suena mal cuando se asocia con la inmutable condicion que nos ha deparado la suerte en este mundo. Mientras que el hombre no habrá perfeccionado sus órganos, ni acallado sus dolores físicos y morales, ni añadido una hora á su existencia, ni prolongado los dias de los objetos de su amor; mientras continúe siendo lo que es, esto es, un insecto rastrero en los sepulcros para buscar una huesa honda y oscura en que pueda reposar al abrigo de la luz del sol, no pasará de una chanza hablar de perfeccion y ventura, pues estas voces contienen una ironía de la lengua aplicada á la criatura humana. ¿Acaso merece consideracion una dicha que se cuenta por dias y por semanas, ó esas satisfacciones efímeras que á cada momento nos acercan de la muerte, catástrofe final de nuestra vida? Para un sér de nuestra naturaleza, la aproximacion continúa á la felicidad equivale á decir adelantamiento incesante al sepulcro. ¿Puede darse una ilusion mas hueca, mas risible, mas lastimosa, que el designar de un modo tan pomposo, la vecindad cada vez mayor de un suplicio cercano é inevitable? Cambiar en fiesta y alegría esta procesion eterna al encuentro de la muerte, pasa de un engaño, pues escarniza á la humanidad quien tales tesis defiende.

Así la filosofía de la perfectibilidad continúa é indefinida, no solamente es una ilusion, sino lo que es mas una burla sangrienta de la humanidad doliente.

XII

Pero podrán objetarme algunas personas : si el hombre abriga esta aspiracion invencible, si en lo mas íntimo de su esencia protesta esta esperanza sorda y tenaz de progreso sin fin, ¿quién sino Dios pudo haber depuesto en lo mas recóndito de su sér este misterioso fermento? Todo instinto es una profecía, y toda profecía es divina, como que arguye á la vez una promesa y un deber para el hombre, promesa y deber que solo esta tierra puede realizar.

Lejos de nosotros el pretender negar este instinto natural ó sobrenatural que hostiga al hombre y lo obliga á esperar contra toda esperanza una perfeccion indefinida; al contrario no podemos menos de inclinarnos ante esta fuerza misteriosa, opinando en efecto que ha sido dada al hombre con doble fin : primeramente como impulso divino destinado á hacerlo cooperar durante su vida á su mejora individual, mejora destinada á efectuarse en otra morada y no en ésta, pues el mundo presente es el lugar del trabajo, y el ulterior de reposo; en otros términos, esta vida un peregrinaje en abrasado desierto cuyo término es una mansion de delicias.

En segundo lugar, creemos que Dios ha dado al hombre el instinto de perfeccion indefinida para obligarlo á esa abnegacion meritoria que debemos todos á nuestros semejantes, al humano linage, á nuestros hermanos, participantes como nosotros del

bien y del mal en esta vida, á nuestra patria, en una palabra á la humanidad; é interesarse en la condicion comun de nuestra raza, trabajar con ahinco y desinterés en la suerte futura de las generaciones venideras, tal es la abnegacion, el concurso meritorio, el sacrificio de la parte al todo, del sér á la especie, del ciudadano á la patria, del hombre al género humano; tal es el deber, tal la virtud, tal el sacrificio, tal la belleza moral. El egoista vive aislado en sí mismo, mientras que el hombre colectivo nace para sus semejantes: y consagrarse á la mejora relativa ó absoluta de la progenie humana, mejora limitada ó ilimitada, definida ó indefinida, local ó universal, momentánea ó eterna, es cumplir con el deber y practicar la virtud.

Pero para que el hombre recto se inclinase espontáneamente á tan penoso deber, era necesario que abrigase en sí mismo una conviccion secreta de la utilidad de esta abnegacion á su terrestre familia; era necesario que vagamente creyese en la posibilidad de servir, mejorar y perfeccionar la suerte comun de sus semejantes. Esta conviccion íntima que se vuelve ilusion al tratarse de un progreso indefinido y absoluto de la especie, cesa de serlo cuando nos ceñimos á un adelanto relativo, local, temporal de una parte de nuestra estirpe. El progreso continuo é indefinido es una quimera que desmienten tanto la historia como la naturaleza, pero la perfeccion relativa, local y temporal es una verdad reconocida y fuera de toda duda.

XIII

Por do quier vemos en efecto que un grupo humano sumido en la ignorancia y en la barbarie, sale de tan lastimoso estado para respirar la luz, la civilizacion, la virtud y el poder; llega mas ó menos á la perfeccion relativa de una nacionalidad, de una sociedad, de una religion superior; oscila en este punto culminante mas ó menos tiempo antes de bajar; desplómase despues á consecuencia de la irremediable flaqueza de nuestra naturaleza; deteriórase, corrómpease, cae, muere, desaparece, dejando apenas como los mas célebres individuos que lo componian, un nombre vano y un puñado de cenizas frias en el parage en que viviera. La humanidad sube y baja con movimiento incesante, pero no sube ni baja ilimitadamente; y tal es el error de los filósofos que abogan por la perfectibilidad indefinida.

Ahora bien, no admite duda que en la obra de este incremento relativo de una nacion y sociedad, esta misma nacion y esta misma sociedad se hallan servidas, asistidas y glorificadas por la noble cooperacion y abnegacion sublime de los hombres superiores ó secundarios que la componen. El pensamiento de un solo individuo es el fermento de una muchedumbre, la virtud procedente de un solo varon santifica una grey, la sangre de una sola criatura rescata una raza; el mas glorioso ó el mas

humilde sacrificio salva ó engrandece todo un siglo. La sociedad humana solo vive de la inmolation de sus miembros al bien general. ¿Quién vertiria su vida si juzgase inútil su heroismo? Así convenia que el hombre tuviese el instinto de la utilidad y santidad de su abnegacion; solamente algunos se figuran sacrificarse á una perfeccion y felicidad indefinidas en la tierra, mientras que otros creen efectuarlo á una dicha y mejoras relativas; tal es el secreto de ese instinto que nos anima en favor de la mejora de nuestra especie, instinto ilusorio en unos, real en otros, meritorio en todos.

Pero aun á aquellos que, como nosotros, no se engrien con la ilusion de un progreso indefinido, cabe la mas completa conviccion que el menor trabajo y el mas oscuro sacrificio en favor de la humanidad, no serán perdidos para el sér humano, y que, si bien interrumpido por la condicion perecedera de las cosas de este mundo y por la catástrofe final, llamada muerte, todo renunciamiento á sí mismo será provechoso en las regiones de la eternidad, del absoluto, del infinito.

XIV

Sucede con el instinto del progreso en la tierra, lo que se nota en ese anhelo que recibimos todos, anhelo que, si bien evidentemente ilusorio, nos impele á tender á un límite al cual ni aun siquiera nos

acercamos: tal es la aspiracion á la dicha completa y permanente en el mundo.

¿Hay un hombre que no esté penetrado de la impotencia de sus votos, y hay uno solo á quien no avasalle el deseo de felicidad desde la cuna hasta el sepulcro? Pero entraba en los designios de la Providencia que esta sed de ventura perfecta nos mintiese para hacernos sobrellevar la existencia y recorrer paso á paso la via que conduce á la eternidad. Sin la halagüena voz que interiormente lo halaga, el hombre se detendria desde el segundo paso en la vida, y se sentaria en el camino cubriendo la frente con sus manos, aguardando inmóvil la muerte, á menos que anticipase por el suicidio el golpe de su guadaña. Esta aspiracion á una dicha que aquí no existe, es el resorte que da impulso á toda vida, y movimiento á toda actividad humana. El instinto que nos seduce, como la quimera de la perfeccion indefinida de la especie, es un error aquí, pero una verdad mas allá de la tumba; en otros términos no merece crédito alguno durante esta vida efimera, pero sí una fé completa en lo concerniente á una existencia ulterior. Esta ilusiva creencia es como un faro colocado en una playa, que no llegamos á pisar sino despues de haber bajado al sepulcro: creemos ver este faro en nuestro flotante globo, separado tan solo por algunas olas, si bien en realidad brilla en otra esfera á la cual nos conduce, realizando la luminosa vision del progreso moral y felicidad eterna.